

Por la autora de *Ni tú Romeo, ni yo Julieta*

SYLVIA MARX

Tú dale samba,
y yo...
rock and roll



*Tú dale samba,
y yo... rock and roll*

Sylvia Marx

Esencia/Planeta

© Sylvia Marx, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Anastasiya Domnitch - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Judit Serrano Delgado

Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-08-17084-6
Depósito legal: B. 6.728-2017
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Víctor Igual, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Tony

¡No, si..., por más que te empeñes, cuando las cosas no marchan..., es que no marchan y punto. ¡Vaya culo!

Me dejo caer en el borde de la cama con el móvil en la mano, tratando de entender su último wasap bien cargado de ironía. Llevo cinco minutos intentando descifrar el porqué de esta nueva pulla.

Mira que yo siempre he sido un tipo calmado, que no suelo alterarme por nada. Pero es ella, que últimamente me crispa los nervios, me saca de mis casillas... y no para hasta que me cabreo. No sé qué pretende, la verdad.

Resoplo y vuelvo a mirar el móvil, leo por quinta vez ese comentario... y me dan ganas de estamparlo contra la pared.

Ya veo que llevas todo el día tan liado como para no atender mi llamada. Ya hablaremos con tranquilidad cuando nos lo permitan nuestras agendas. ¡Besos!

★ ★ ★

Pero ahora... ¿qué coño le he hecho yo?

Me paso la mano por el pelo antes de buscar un emoticono o algo para contestarle a May..., pero ¿qué le pongo? ¿Una son-

risa? ¿Un ramillete de flores? ¿Una cara de flipado? ¿Un corte de mangas?... ¡Coño, qué difícil, no sé ni qué hacer!

Lo peor es que, haga lo que haga, la voy a cagar seguro... Estoy jodido.

Bufo, tiro el móvil sobre el edredón y decido irme a correr. Necesito soltar esta adrenalina, desahogarme, porque es que... te juro que no la entiendo. No hay Dios que la entienda. Ni ella a mí, claro. Vamos, que últimamente no nos entendemos.

Me pongo de pie y abro las puertas del armario con muy mala leche y una pregunta en la cabeza que me ronda desde hace días: vamos a ver, ¿por qué tengo que estar justificando cada paso que doy?

Hoy he tenido que quedarme un rato más porque mi compañero tenía médico, estoy seguro de que se lo dije. Además, he ido a preguntar por las clases de alemán, ya que hoy empezaba el plazo para inscribirse en la escuela de idiomas. Lo dicho: en cuanto me despisto, me lo echa en cara.

Después de casi tres años, claro que la quiero, pero me está asfixiando, esto es insoportable.

Saco el chándal de la percha, lo examino por delante y por detrás... No está planchado, pero... tiene un pase, me digo. Soy un tío, yo qué sé..., yo no lo veo tan mal, y además es de noche.

Me calzo las deportivas y busco los auriculares. No puedo evitar seguir cabreado.

O sea —reflexiono—, te pasas una buena parte de tu vida dando explicaciones a tus padres, y, cuando te vas por fin de casa y parece que todo va de puta madre porque tienes independencia, un trabajo que te da pasta, puedes andar descalzo en calzoncillos por casa, espatarrarte en el sofá y pasar de recoger los restos de la cena sin que te caiga una bronca del copón, de pronto lo echas todo a perder porque te quedas pillado

como un gilipollas. Y no sólo eso, sino que, como ya estás pillado perdido, te vas a vivir con ella —¡ojo!, y eso que estás colgado hasta las trancas porque es una tía cañón, es la chica de tu vida y distinta de cualquier mujer del planeta—..., bueno, pues ahí se acabó lo bueno.

Olvídate de la libertad y la independencia. ¿Qué es eso?

Suelto la bolsa en medio de la habitación como un acto de rebeldía contra May. El gato levanta la cabeza desde el cojín, bosteza y me ignora con su cínica indiferencia.

Miau es suyo, ya se nota: tampoco acaba de fiarse de mí. En cambio, me mira con un punto de chulería, como si me retase con esos ojos casi amarillos.

Echo un último vistazo al desorden, pero me niego a perder ni un minuto más.

Ya ordenaré luego, cuando vuelva. Que le den.

Cierro la puerta y bajo por la escalera trotando mientras busco una emisora de rock en el móvil y me coloco los auriculares. Hace buena noche para correr y escuchar música, simplemente para dejarse llevar y, sobre todo, para no comerse el tarro.

Tres años no son demasiados y, no, no me arrepiento. Cuando conocí a May, digamos que cambié radicalmente. Antes hacía todo lo que hacen los tíos a esa edad: salir con amigos, emborracharse los fines de semana y follar con la que se pusiera a tiro. Nada del otro jueves.

Me la presentó Rafa, junto con otras dos tías de las que he olvidado los nombres. Lo que recuerdo perfectamente es el pedazo de escote que lucía May, y el primer corte que me llevé porque se me quedaron los ojos clavados entre sus tetas. Cuando sacó el carácter, me hizo gracia. Puede que no fuera mi tipo, eso es verdad, porque a mí siempre me han gustado con cur-

vas, con buenas caderas, pero reconozco que May estaba realmente buena, y ese pantalón le hacía un culo que... Bueno, no entro en detalles, pero cualquier tío hetero me entiende. Y me sigue poniendo, desde luego, me pone como el primer día.

No sé qué hice para colgarme de esa manera, pero el caso es que al cabo de una semana mis colegas me avisaron: «Macho, has caído con todo el equipo...».

Cuando empecé en mi nuevo curro en el hotel, no podía quitarme a May de la cabeza, esperando el *finde* para volver a verla, y, antes de lo previsto, me di cuenta de que ella era todo lo que yo necesitaba, aunque suene típico: la mujer de mi vida, con la que me apetecía estar a cualquier hora, ya fuera tirados en el sofá o haciendo una escapada a cualquier rincón. Daba igual que planificásemos bañarnos en el río en pelotas, que ir al cine o montar en parapente..., porque cualquier plan con May era El Plan Perfecto, así, con mayúsculas.

Desde hace unos meses, las cosas han cambiado. No sólo porque me ha invadido mi casa, mi cuarto, mi cocina y mi baño con sus cosas ya definitivamente (eso ya lo tenía casi asumido), sino porque desde que vivimos juntos me controla más y quiere tener el mando de todo. Puede que sea miedo o celos, inseguridad, desconfianza..., pero no sé a santo de qué... ¡Joder, si jamás le he puesto los cuernos! Al principio era la mar de comprensiva. Por ejemplo, cuando salíamos juntos y las tías me miraban, incluso le hacía gracia: «Es que estás muy bueno, Tony. Si no fuera tu chica, yo también te miraría». Y entonces nos abrazábamos, nos reíamos y yo le susurraba algo caliente al oído...

Rafa me lo avisó: «Tío, May te tiene absorbido, te está controlando, ¡coño! ¿No tienes ni tiempo para irnos de cañas algún día? ¿Cuánto hace que no hemos hecho una ruta con la bici?».

Ahora mismo, un ejemplo: voy corriendo a ritmo tranquilo, pensando en mis cosas, y acaban de pasar por mi lado dos pibones con ese atuendo deportivo que quita la respiración. Me han escaneado de arriba abajo, cuchicheando algo, y fíjate que hasta he apartado la mirada..., y es que me reprimo, tío. Y eso que es una cosa natural, puramente instintiva, es como un radar automático que tengo, en serio. Darnos la vuelta si pasa una tía en pantalón corto con un buen culo es un reflejo espontáneo de los tíos, ¿no?... Pues ni por ésas.

No, si Rafa va a tener razón: estoy dominado. Sigo corriendo y me dispongo a dar la vuelta para salir ya del parque. Hace rato que los de Rock FM se han puesto a hablar no sé con qué artista, así que me estoy rayando un montón.

Desvió la mirada del recorrido un segundo para cambiar de emisora, y en ese instante, al tomar la curva, choco con alguien que...

—¡Chiara! —Joder, si es mi nueva compañera de trabajo.

Lleva cosa de una semana trabajando de camarera en el restaurante, y su llegada ha sido como un soplo de aire fresco.

—Tony..., ¡qué casualidad! —dice ella y, al mirarla, me quedo sin palabras.

Hay que reconocerlo: ¡qué pedazo de cuerpo tiene Chiara! Ni siquiera debería pararme, debería estar prohibida. Tiene unas curvas de escándalo, de las que me gustan, pero es que, además, lo que me priva es esa boca, con una sonrisa permanente que te contagia... Es mulata, de nacionalidad brasileña, y aterrizó aquí hace quince días para cubrir el puesto de camarera del restaurante del hotel. Lleva una perrilla pequeña llamada *Luna*, un perro patada bastante gracioso. Yo siempre he sido más de perros que de gatos, al contrario que May, pero de perros grandes, es obvio.

—Perdona, te he interrumpido...

La noto un poco cohibida, espero que no sea por mirarle las tetas. Ha sido un acto reflejo, lo juro, porque lleva un escote que..., sin ser provocativo, es demasiado sugerente.

—No, tranquila, la verdad es que hoy no tengo muchas ganas de correr.

Me pongo en cuclillas para apartar la vista de donde no debo, y también para ganarme a la perra, que parece que tenga un muelle, queriendo saltar sobre mis piernas.

Espero no resultar antipático con Chiara, porque la verdad es que me noto tenso, puede que porque no he parado de correr con los dientes apretados gracias a la rabia que me provoca May y su carácter... La verdad, si pudiera elegir, ahora mismo no es que no me apetezca seguir corriendo, pero me apetece aún menos tener que volver a casa y lidiar con una bronca asegurada, sinceramente.

—Yo ya me iba para casa, ¿y tú? Bueno... ¿y vosotras? —le pregunto al tiempo que la señalo a ella y a la perra tratando de hacer una broma para destensarme un poco.

—Eh..., sí, sí..., nosotras ya hemos dado nuestra vuelta de cada día... —contesta, y me parece que se queda un poco nerviosa, sin saber qué hacer.

—Vale, pues te acompaño. —*Luna* da dos ladridos, quiere hacerse notar—. Perdón, *os* acompaño. —Le guiño el ojo a Chiara, que me sonrío abiertamente... Es un encanto de mujer.

No entiendo cómo no tiene alguien a su lado. Además, lo necesita, me consta. Hace unos días se sinceró conmigo y me contó lo que le ha pasado últimamente, y, la verdad, es admirable, me parece muy fuerte. Es, además, una mujer valiente, siempre tan positiva...

Me está comentando algo de los parques y de los horarios

de bajar a *Luna*, algo intrascendente, cuando de pronto la perra, inesperadamente, se le cruza por delante de las piernas y la desequilibra. En un segundo, Chiara se agarra a mi hombro para no caerse y estampa su cuerpo contra el mío. La agarro por la cintura instintivamente para evitar que acabe en el suelo, y entonces noto sus tetas en mi pecho... ¡Joder! Lo primero que se me pasa por la cabeza en semejante situación es rezar para que no se me ponga dura, aunque por suerte llevo el chándal amplio. Trato de respirar hondo y contenerme como puedo.

Nos hemos quedado muy cerca, tanto como para sentir su aliento fresco y su boca tan comestible a un centímetro de la mía..., y me quedo quieto, a pesar de que noto que se me acelera el corazón. Sin previo aviso, ella se aproxima y estampa sus labios sobre los míos. Cierro los ojos y, aunque se supone que no debería, me dejo llevar, la tentación es más fuerte, y nos liamos ahí mismo, enredando nuestras lenguas. La agarro de la cintura, ya sin importarme si nota mi erección...

Joder, llevo semana y media sin sexo..., y eso se nota.

De pronto, se separa de mí como si se hubiera dado cuenta de que esto no está bien, a pesar de que ha estado genial. No quiero que se sienta mal por ello, pero es evidente que algo va mal, y retrocede dos pasos.

—Perdón, no sé qué me... —Baja la mirada—. Lo siento, ha sido un impulso.

Noto un pellizco en el corazón, aunque suene algo cursi. Trato de sonreír quitándole importancia, aunque lo que me pide el cuerpo es volver a besarla...

—No..., no pasa nada, ha sido un impulso precioso. —Vale, acabo de decir una gilipollez para un momento así, pero no se me ocurría nada mejor.

La observo, y ella a mí. No sé qué coño está pasando, pero

me noto con un calentón de la leche, y, si no son imaginaciones mías, creo que a ella le pasa lo mismo.

No puedo decirle nada, no por ahora. Creo que será mejor dejarlo pasar, aunque sea evidente que hay química. Yo tengo pareja y... tendría que decírselo, sería lo mejor. Es preferible que olvidemos esto, un simple impulso, como ella misma ha dicho.

Sin darme apenas cuenta, hemos llegado al final de la calle. Toca despedirse, aunque me cueste.

—Bueno, gracias por el paseo.

Es evidente que aquí acaba nuestro trayecto juntos.

—Ha sido un placer conocerte, peluda —digo mientras me agacho y le rasco la cabeza a la perrilla. Qué simpática es.

—Le has caído bien —me dice Chiara coqueteando conmigo descaradamente.

Le falta poco para que esta vez sea yo quien me lance a su boca. Está demasiado sexi.

—Es mutuo —y se lo digo mirándola a los ojos con picardía. Mensaje enviado directo y conciso.

—Hasta mañana.

Luego se da la vuelta y echa a andar contoneándose de un modo que me deja sin sentido. Por Dios, qué caderas...

—¡Chiara...! —Algo que no sé identificar me hace llamarla, retenerla. Ella se vuelve al oír su nombre, y yo trato de ganar tiempo—. Ehhh... ¿qué turno haces la próxima semana?

—Voy de noche...

—Ajá. Bueno, vale, que descanses, preciosa, hasta mañana.